

En el centro del coro, otra verja de hierro, que parece una gran jaula, cubre y protege, al par que lo deja ver, el cenotafio de Carlos III de Evreux, rey de Navarra.

Es una adorable tumba del siglo xv, que sería digna de estar en Brujas con las tumbas de María de Flandes y de Carlos el Temerario, en Dijón con las tumbas de los duques de Borgoña, ó en Brou con las tumbas de los duques de Saboya. El motivo no varía, pero ¡es tan simple y tan bello! El rey con su león y la reina con su lebrél, están tendidos uno junto al otro, con la corona en la cabeza, sobre aquel lecho de mármol, conmovedora tumba conyugal, á cuyo alrededor da vuelta, bajo pequeñas arquitecturas de exquisita labor, una procesión de desoladas figuritas. Una parte de la tumba está odiosamente mutilada. Casi todas las estatuas están rotas en dos pedazos.

Siete ú ocho enormes misales, de ese formado inforziado que proporcionaba á Boileau una rima tan hermosa y un tan delicioso verso, encuadernados en pergamino y adornados con esquinas de cobre, están colocados en torno al cenotafio y puestos en el suelo como escudos de soldados en reposo. Apóyanse en la verja del sepulcro. Parece que el azar haya tenido una idea al apoyar los libros de la iglesia en la tumba.

Un grandioso órgano, en el gusto del pasado siglo, muy rico y muy dorado, domina todo el coro sin estropearlo. Arriba se lee este versículo que, por otra parte, se halla inscrito en casi todos los órganos de España: *Laudate Deum in chordis et organo*. Más abajo hay la fecha: AÑO 1742.

Las capillas que rodean el altar mayor y el coro están ornamentadas, casi podría decirse obstruidas, por esos inmensos retablos esculpidos y dorados á

que tan aficionado se ha mostrado siempre este viejo país católico. Su moda toca al exceso. Yo he visto en una capilla uno de esos retablos que era del siglo xv, y en una nave lateral, otro del siglo xiii. En medio de este retablo, pendía de tres clavos un gran Cristo bizantino completamente ennegrecido, con la barba rizada y salientes las costillas, cubierto con una holgada saya de encaje blanco.

¿A dónde diablos va á meterse el encaje?

Algunas banderas aplicadas á la pared, algunas imágenes de Vírgenes en escaparates de damasco encarnado, y algunas tumbas esculpidas en el muro á varias alturas completan la decoración de la iglesia.

Al salir del coro, no sé cuál efecto de claro-oscuro me atrajo á la derecha, hacia una puerta lateral que estaba frente á la por donde había entrado, y me encontré de pronto en uno de los más hermosos claustros que haya visto en mi vida.

Es un vasto cuadrilátero, rodeado de altas ojivas cuyos mameles dibujan ricos y robustos lóbulos del siglo xiv. Algunas de esas ojivas conservan las huellas de una restauración reciente, y, me apresuro á decirlo, inteligente. Por encima de la galería ojival, una segunda galería más baja, con vigas esculpidas, sostiene el tejado de tejas semicilíndricas, cuya línea rompen aquí y allá algunos pináculos de piedra negra de forma exquisita. El patio del claustro es un jardín muy bien cultivado, donde algunos recortados bojés dibujan esos agradables arabescos de los jardines del siglo xvii.

Todo es hermoso en este claustro, la dimensión y la proporción, la forma y el color, el conjunto y el detalle, la sombra y la luz. Ya es un antiguo fresco que anima y da vida á la pared, ya un sepulcro de mármol roído por los años, ya una puerta de encina

arreglada y remendada de suerte que se mezclan curiosamente las labores de todas las épocas.

Mientras yo paseaba, el viento hacía vacilar en las rejas de hierro del jardín algunas viejas flores de lis navarras medio desprendidas, al lado de las cuales se abrían en todo su perfume y en todo su esplendor las eternas flores de lis de Dios todopoderoso.

El pavimento que pisamos está formado de largas losas. Cada losa lleva una cifra y cubre un muerto. Hay un no sé qué de árido y glacial en este modo de poner etiquetas á los difuntos. Yo consiento en convertirme en polvo, en ceniza, en sombra; pero me repugna convertirme en número. Es la nada mi poesía; ya basta y sobra con la nada.

En uno de los ángulos del claustro, algunas ojivas lanceoladas, tapiadas en parte, se desenvuelven al rededor de una misteriosa estancia. Es una capilla. Pero ¿por qué la separaron de la iglesia?

El decorado que allí veía parecía muy deteriorado: un crucifijo, un altar de madera y una lámpara de hojalata estampada. Sin embargo, admiraba la reja de hierro que cierra ambos lados de la capilla abiertos en el claustro y que es una preciosa muestra de la densa y complicada cerrajería del siglo xiv. Esta reja es la curiosidad de la capilla, tanto por la labor, como por la materia. Empero, no es más que de hierro, pero de hierro ilustre.

En la batalla de las Navas de Tolosa, el Miramolin hizo rodear su campo de una cadena de hierro, que el rey de Navarra rompió de un hachazo. Como la cabellera de Berenice que se vió colocada entre las estrellas, esa cadena quedó como una de las constelaciones del blasón. Ha compuesto las armas del reino de Navarra, y no hace aún mucho tenía la mitad del escudo de Francia. Ahora bien, con el hierro de aquella cadena se construyó esta reja. Así al menos

lo revela al pasajero y lo afirma, en una inscripción colocada encima de la verja, esta cuarteta de un latín algo bárbaro y enigmático:

GINGERE QVÆ CERNIS CRVCIFIXVM FERREA VINCLA
BARBARICÆ GENTIS FVNERE RUPTA MANENT.
SANCTIVS EXUVIAS DISCERPTAS VINDICE FERRO
HVC ILLUC SPARSIT STEMATA FRVSTA PIVS. AÑO 1212.

Nada tengo que replicar á este cuarteto, sino que el trabajo de la verja denota el siglo xiv y no el xiii.

Lo que es también del siglo xiv, es la puerta interior por la que he entrado en el claustro. Allí, tímpanos, archivoltas, capiteles, columnitas, medallones y estatuítas, todo es del más bello estilo de aquella bella época. Añadid á esto que, protegido por el claustro contra la acción del aire y por la casualidad contra los embadurnadores, ha conservado en toda su lucidez y casi en toda su frescura el dorado y pintado de su época. Yo estaba maravillado.—¡Pardiez, pensaba, merece ser contemplada de rodillas!

Me vuelvo y veo que alguien estaba efectivamente «contemplándola de rodillas», de rodillas en las duras losas, ¿y quién?, una mujer de unos cuarenta años, hermosa todavía, de noble semblante, envuelta en una rica mantilla de encaje negro. Mientras la estaba observando con sorpresa, otra mujer, vieja y mal vestida, entró en el claustro y vino á arrodillarse junto á la primera. Luego una tercera. Notad que estamos fuera de la iglesia.—¡Esto, decía entre mí, es adorar devotamente la arquitectura!—Fijando un poco la atención, me lo expliqué todo. Había en el mamel de la puerta una imagen de la Virgen, y al lado, en la pared, esta inscripción:

EL EMINEN^{MO} SR. CARDE
NAL PEREIRA CONCEDIÓ
80 DÍAS DE YNDULGENA
Y EL SR. OBISPO MURILLO
40 AL QUE REZARE UNA
SALVE DE RODILLAS DE
LANTE ESTA S^{MA} YMAGEN
DE N^{TRA} S^{RA} DE EL AMPARO.

Es muy probable que esta inscripción sea la casualidad de que hablaba antes y que ha impedido el embadurnamiento. La imagen ha salvado á la puerta.

Cuando acababa de copiar esa inscripción, la bella devota arrodillada se levantó, y al pasar junto á mí, casi sin volverse, me dijo por encima del hombro: *Caballero francés que lo observa usted todo, vaya á ver la sacristía.* Y se alejó rápidamente.

Volví á la iglesia, lo huroneé todo, y por fin, á fuerza de empujar todas las puertas, llegué á la sacristía.

¡Oh! ¡Aquella era efectivamente una sacristía, según la intención de una bella devota española! Figúraos un inmenso salón de confianza barroco, dorado, historiado, florido, elegante, perfumado, delicioso. El papel pintado imita el damasco al que ha substituído en las paredes; el pavimento de baldosas y piedra imita el mosaico. Por todas partes hermosos Cristos de marfil, pálidas Magdalenas, espejos inclinados, sofás con gruesos almohadones, tocadores con pies de macho cabrío, rinconeras hechas de brecha de Alepo; una luz deslumbradora, misteriosos rincones; muebles desconocidos y variados; los sacerdotes que van y vienen; las resplandecientes casullas en los cajones entreabiertos; no sé qué perfume de marqués, no sé qué olor de abate, tal es la sacristía de Pamplona.

Un digno obispo, el cardenal Antonio Zapata, es

quien hizo tal regalo á la catedral. La transición es brusca; es casi un choque. Dante está en el claustro; madama de Pompadour en la sacristía.

Después de todo, allí también una cosa completa á la otra, y la armonía está en el fondo. La sacristía invita al pecado y el claustro á la penitencia.

Ya las misas se decían en todas las capillas y la iglesia se llenaba de fieles, sobre todo de mujeres. Di una segunda vuelta por ella.

Hacia el lado de la puerta principal, el coro está resguardado por una gruesa pared en la que hay adosada una tumba de mármol blanco. El epitafio, en letras de oro, casi borradas, indica que allí están los despojos de aquel valiente don Buenaventura Dumont, conde de Gages, que batió en múltiples encuentros á los imperiales y al duque de Saboya en persona.

Uno de esos encuentros se reproduce en una hermosa batalla que se ve esculpida en bajo relieve al pie del epitafio. Hay allí cañones apuntados, caballos que se encabritan, oficiales que mandan, apiñados batallones que cruzan las picas y parecen matorrales confundidos por impetuoso viento. Nada tan extraño como aquella pelea petrificada y silenciosa, inmóvil para siempre en aquella sombría iglesia, donde se oye de vez en cuando la campanilla débil é intermitente del monaguillo.

El gran tumulto que hace la batalla y el gran silencio que reina en la tumba, dejan en el corazón una grave enseñanza. ¡Esta es la gloria de los hombres de guerra en la muerte! Se calla. La gloria de los poetas y de los pensadores canta y habla eternamente.

Mientras estaba absorto en no sé qué ensueño ante aquella sepultura, un rumor de órgano y un canto violento, lúgubre y salvaje, estallando de pronto á mi

izquierda en la capilla inmediata, me hicieron volver la cabeza.

Un féretro, que acababan de traer sin duda, estaba en el suelo sobre las losas. Descubriase la madera, apenas oculta por un paño negro raído y roto. Al rededor ardían cuatro cirios; tres panes redondos estaban colocados sobre una tabla en el suelo, al lado de la cabecera del ataúd. A pocos pasos hacia la derecha ardían cuatro gruesas antorchas de resina, cuya reverberación me mostraba confusamente, en una capilla obscura, al clérigo de casulla negra con cruz blanca que decía la misa de difuntos. Los cantos del órgano venían de arriba como un rumor sobrenatural. No podía distinguirse de dónde partían. En torno mío, una muchedumbre de mujeres de todas edades, dispuestas en una especie de semicírculo á alguna distancia del féretro, todas graciosamente cubiertas y envueltas en la mantilla de seda negra, acurrucadas en el pavimento de la iglesia, según la moda española, en la muelle y encantadora actitud de las mujeres del serrallo, los ojos con más frecuencia alzados que bajos, se abanicaban, oían misa y miraban á los que pasaban.

Yo contemplaba ora el sepulcro del conde de Gages, ora aquel pobre entierro de un desconocido. Dos nadas. La una honrada, la otra desdeñada. Amigo mío, si las cosas que denominamos inanimadas pudieran de pronto tomar la palabra, ¡qué diálogo entre aquella tumba de mármol y aquella caja de pino!

Por la tarde fuíme á pasear por las murallas solo y pensativo.

Hay días en la vida que remueven en nosotros todo el pasado. Yo estaba lleno de inexplicables ideas. La hierba de las contraescarpas agitada por el viento silbaba débilmente á mis pies. Los cañones pasaban

sus cuellos por entre las almenas, como para contemplar el campo. Las montañas del horizonte, medio desvanecidas por el crepúsculo, habían tomado formas magníficas; la llanura estaba sombría; el Arga, cruzado por mil reflejos luminosos, se deslizaba por entre los árboles como una culebra de plata.

Al pasar por delante de la entrada de la ciudad, oí el rechinamiento de las cadenas del puente levadizo y el movimiento sordo del rastrillo que caía. Acababan de cerrar la puerta. En aquel momento levantábase la luna. Entonces, perdonadme la ridiculez de citar-me á mí mismo, se asomaron á mi espíritu estos versos que escribí hace quince años:

Toujours prête au combat, la sombre Pampelune,
Avant de s'endormir aux rayons de la lune,
Ferme sa ceinture de tours (1).

13 de agosto.

En las ciudades de España hay muchas *ventas*, esto es, muchas tabernas; algunas *posadas*, esto es, algunos albergues; y muy pocas *fondas*, esto es, muy pocos *hoteles*. En San Sebastián no hay más que la *Fonda Isabel*, llamada así para distinguirla de la hospedería á la francesa, conducida por un honrado y buen hombre llamado Lafitte. En Tolosa y en Pamplona, la *fonda* no tiene nombre ni muestra. Se llama simplemente la *fonda*; lo que indica claramente que es la única.

El cuarto que ocupó en la fonda de Pamplona, en

(1) Siempre pronta al combate, la sombría Pamplona,—antes de adormecerse á los rayos de la luna,—cierra su cinturón de torres.

el *segundo piso*, tiene dos grandes ventanas que dan á la plaza mayor.

Esta plaza nada tiene de notable. Actualmente están construyendo en uno de sus extremos, al Este, no sé qué de horrible que parece un teatro y que será de obra de sillería. Recomiendo esta cosa al primer hombre de ingenio que bombardee á Pamplona.

Perdonadme, amigo mío, este lúgubre chiste. No lo borro, porque nace de la propia naturaleza de las cosas. El destino de todas las ciudades de España, ¿no es el de ser bombardeadas periódicamente? El año pasado Espartero bombardeaba Barcelona. Este año Van Halen bombardea Sevilla. ¿Quién será el que bombardee el año próximo y qué es lo que bombardeará? Lo ignoro. Pero tened por seguro que habrá algún bombardeo. Siendo así, yo ruego por los habitantes, por las casas y por las catedrales; y como hay que dar su parte á las bombas, les abandono con placer todas las copias que encuentro de nuestra Bolsa de París.

Dicho esto, volvamos á Pamplona y subamos á mi cuarto.

Es una especie de lonja blanqueada, con dos camas, una de ellas grande, que las criadas llaman *el matrimonio*. En la pared algunos cuadros iluminados representando amantes que sonríen á ceñudos esposos. Una mesita, dos sillas de paja, y una enorme puerta, con recuadros encajados en un marco de encina, con cerrojos de prisión, con cerradura de ciudadela.

Parece que en España el caso de una toma por asalto sea previsto en cada piso de cada casa. Armar la ventana y los balcones con celosías de mallas apretadas para defender á la mujer de los galanes, y la puerta de robustos herrajes para defender la casa del saqueo, tal es la doble preocupación de los ciudada-

nos de España; los celos hacen la ventana y el miedo hace la puerta.

La mitad de la plaza mayor de Pamplona está ocupada en este momento, mejor dicho, invadida por un colosal andamiaje levantado para las corridas de toros que deben tener lugar de aquí á diez días, y traen removida la ciudad. Esta *corrida* durará cuatro días, del 18 al 22 de agosto. El primer día habrá una corrida de *novillos*; y el último día, un *espada* famoso en el país, *Muchares* (1), matará el toro.

El anfiteatro es cuadrado; cubre los bajos de dos lados de la plaza, cuyos balcones y ventanas serán, el día de la *corrida*, otros tantos palcos de primero y de segundo piso; los graneros serán el paraíso. Este teatro, pues lo es al fin y al cabo, está construído simplemente de tablones y maderos, con innumerables gradas, lo más groseras imaginables, y desde mis ventanas puedo distinguir la numeración de las tablas.

Añadid á este conjunto dos ó tres diligencias desenganchadas y un cuerpo de guardia cuyo centinela se pasea por delante de la *fonda*, y tendréis el «paisaje» que se divisa desde mi ventana.

La casa de la ciudad de Pamplona es un elegante y pequeño edificio del tiempo de Felipe III. La fachada ofrece una curiosa muestra de un género de ornamentación propia del siglo xvii en España. Vense allí arabescos y volutas aplanadas de suerte que parecen cortadas por el sacabocados. Ya había visto una casa de este sistema en el extraño y lúgubre pueblo de Leso. El frontón de esta casa de la ciudad está coronado de leones, de campanas y de estatuas que hacen un tumulto agradable á los ojos.

(1) ¿Cúchares?